

Ética y poética en la vocación de Blas

por Antonio Elías Martinena

textos seleccionados

Me es imposible separar la poesía de Blas de Otero de la aventura de su vida. Hay personas, y Blas es una de ellas, en quienes la coherencia interna es tan completa que su vida es su obra y su obra su vida. Tratándose de un poeta en el sentido más puro de esa palabra, bien podemos decir que su vida es su poema no escrito, y su Poesía es su vida contada y cantada en lenguaje creador.

Cuando nos conocimos, Blas tenía diecisiete años y yo dieciocho. Fue en 1933 en Valladolid, creo que rebuscando en alguna feria de libros en época de exámenes. Aunque en Bilbao nos movíamos en ambientes próximos, nunca habíamos coincidido antes. Desde el primer momento me sorprendió y me atrajo su modo de ser reticente y sensible; comprendí que seríamos amigos, pero me di cuenta al mismo tiempo de que Blas se mantenía distante, como si quisiera, no diré ocultar, pero sí reservar su propia intimidad, sin entregarla al común tráfico de la vida social. Creo que mantuvo esta reserva toda su vida, y que su ética fue la que el autor de la *"Epístola moral a Fabio"* expresó en el inmortal terceto *"Esta nuestra porción alta y divina - a mayores acciones es llamada - y en más nobles objetos se termina"*

Me pareció naturalísimo, casi obvio, que Blas escribiese poesía, y no dudé que acabaría siendo uno más del pequeño grupo que formábamos Jaime Delclaux, Pablo y Antonio Bilbao Aristegui y yo, compartiendo nuestro culto a la poesía y la música, y sobre todo al sentido poético de la vida, que es lo que nos separaba de los demás amigos, más atentos a los aspectos prácticos que nosotros preferíamos aplazar.

Las inclinaciones literarias a través de las cuales Blas se fue acercando e incorporando al grupo, iban más hacia los clásicos y los modernos que hacia los grandes románticos, por más romántica que fuese nuestra cosmovisión. Nos atraía la mística, donde veíamos la pureza y el misterio como componentes esenciales de la vida. Además, como devotos católicos, sentíamos la atracción de la idílica Galilea evangélica sin solución de continuidad con la actitud de entrega desinteresada a una visión estética del mundo.

De los contemporáneos llevaba la palma Juan Ramón Jiménez, y con él los poetas de la generación del 27, algunos de ellos descubiertos en la Antología de Gerardo Diego. Pero Blas era lector omnívoro, que se abismaba lo mismo en la Biblia que en relatos de Francis Jammes, y lo mismo en el Marqués de Santillana que en Goethe. Lo que no recuerdo que le interesase especialmente entonces es la poesía cargada de ideas de nuestros paisanos Ramón Bastera y Miguel de Unamuno, ni el seco desgarramiento dramático de Antonio Machado. Si Blas llegó después a un dramatismo social y cósmico aún más intenso que el de Machado, fue por una necesidad interior, no por influencia de ninguna lectura ajena. Era la forma lírica musical y metafórica la que de verdad apreciábamos los del grupo. El contenido, cuanto más deshumanizado y fantástico, más nos atraía. La emoción estética había de ser impalpable, difusa, a poder ser indefinible; de ahí el gran atractivo

de la mística. Un paradigma de nuestra estética fue Rabindranath Tagore, en la maravillosa versión castellana que produjo la sensibilidad de Zenobia Camprubí, la mujer de Juan Ramón Jiménez.

Cuando en Febrero de 1936 se constituyó el grupo ALEA, insertándose en el Ateneo de Bilbao, Blas fue de los primeros en incorporarse. Sin embargo no fue de los "aleatas" más asiduos, quizá porque su natural reserva le retraía del ambiente de comunicativa espontaneidad que presidía las actividades de este grupo más amplio, y prefería el aire recatado y las reuniones de nuestra pequeña hermandad.

En la guerra civil perdimos a Jaime Delclaux. Pasadas las traumáticas conmociones de aquella experiencia terrible, nos refugiamos con mayor ahínco en el núcleo íntimo de los cuatro, en el recinto espiritual insobornable que entonces empezamos a llamar Nuestralia. Allí cultivamos deliberadamente nuestra difidencia

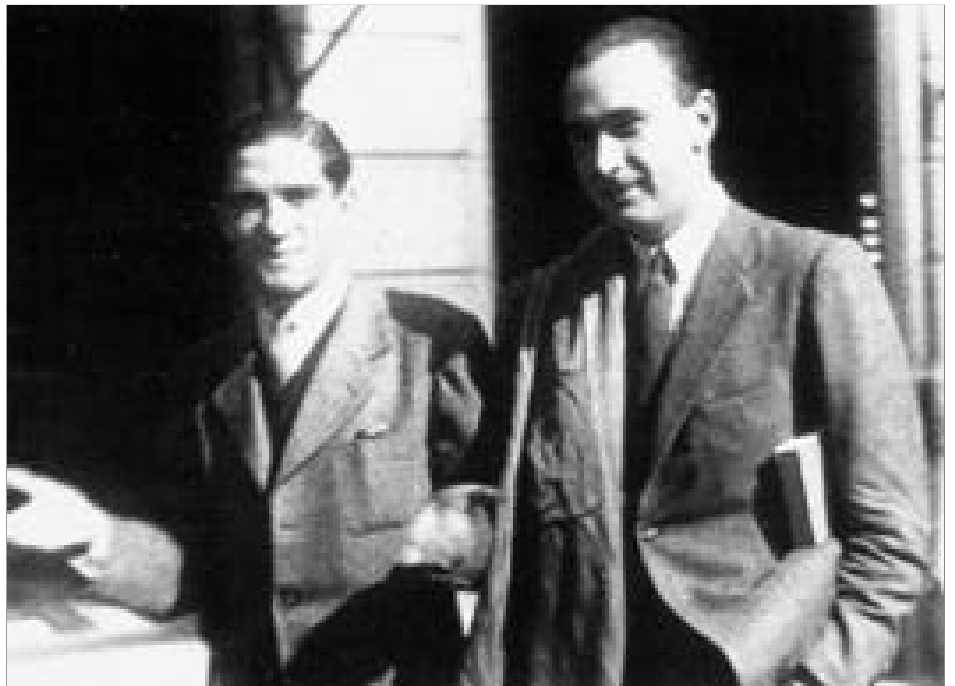


como una planta de invernadero, nutrida de silenciosas comunicaciones a través de la música, de intercambio de lecturas, de la común admiración a las musas de carne y hueso, a quienes llamábamos “ninfas”, y a quienes no nos acercábamos, en parte por temor a que nos arrastrasen al mundo exterior, como fatalmente tenía que suceder, y sucedió en la década siguiente, aunque Pablo siguió otro camino al ingresar en el Seminario. En el fondo estábamos hechos para la entrega, y la queríamos total, pero tenía que ser sin impurezas, sin ninguna concesión a la vulgaridad estética y ética que nos rodeaba por todas partes y que parecía acosarnos.

La música era como un símbolo de esa entrega. Es significativo que el poema de Blas “A la música” identifique reiteradamente música y mujer, fusión que persiste en el posterior soneto “Música tuya”. Creo que esperaba de la música un mensaje vital más que un deleite sensible, lo que explica que en alguna ocasión le inspirase Beethoven, cosa más bien inesperada en el orden de nuestras preferencias estéticas de aquellos días.

Un tema que a veces ha suscitado perplejidad es la aparente ambivalencia de los sentimientos que sobre Bilbao expresó la poesía de Blas. Pero ello no debe sorprender. Bilbao, nuestro microcosmos, era el horizonte entrañable de la isla en que vivíamos soñando, y era también el entorno desalmado de un mundo materialista, cultivador del provecho económico, con el que no podíamos transigir sin traicionar a todo lo que queríamos.

Esta situación se prolongaba en el tiempo. Un tiempo que, a esa edad, tiene visos de eternidad. Y parecía perpetuarse la tensión anímica resultante de ese estado de inconformismo al que no se vislumbraba solución. Los intentos de ruptura con el entorno se iban aplazando. El nuevo orden surgido de la contienda civil se definía por parámetros ajenos a nuestros problemas, y la aceptación del mundo exterior a Nuestralia ni siquiera nos la planteábamos. No habíamos descubierto el secreto ni la técnica de aquella doble vida que San Pablo recomendaba a los cristianos de Corinto. Blas lo descu-



El poeta Blas de Otero con Antón Elías Martinena, (Bilbao, 1.943)

bió más tarde a través de una dolorosa experiencia, y después de haber llegado hasta el extremo en la exasperación de nuestros dilemas comunes.

Las circunstancias familiares le habían exigido una actividad profesional que parecía hipotecar gravemente la dedicación que su voz interior le reclamaba, al sentirse dotado con el raro don del verbo creador. Cuando por fin decidió reorientar su vida matriculándose en Filosofía y Letras en Madrid, al tiempo que Antonio Bilbao y yo escogíamos el camino de las oposiciones, lo hizo después de trabajada y madurada deliberación, consciente de que asumía una delicada responsabilidad a cambio de una perspectiva que a plazo inmediato era, cuando menos, problemática. Habíamos hablado de ello, y era evidente que en ese comprometido trance necesitaba el aliento de sus amigos. Diez días después de su llegada a Madrid, en carta fechada el 11 de Noviembre de 1943, me decía: “Contesto a tu carta del 6, acertada por dos cosas: lo que me dices de no confundir alguna impresión molesta provocada por la corteza de ciertas asignaturas con lo sano de mi decisión; y segundo, el estar ya solo en el orden de las realizaciones. Todo esto me ha parecido muy bien”. Conociendo a Blas no era difícil adivinar una resignada aceptación suya de las palabras de aliento, como si en el fondo de su alma estuviera convencido de que tenía que dar aquel paso sin esperanza, por lealtad consigo mismo.

Su estado de ánimo queda bien reflejado en las cartas de esos días. El 7 de Diciembre me escribía: “Mi vida va tranquila como un astro caído... Pero hay un poco de luz, yerba tolerante, etc... No noto el paso del tiempo... el día es ahora en mí como una hora lenta y fugitiva al mismo tiempo” Y el 29 de Enero de 1944: “A ver si me cuentas cómo va todo. De mí es fácil que todavía no vaya, sino que esté, que ya es bastante, y lo primero para que cuando Dios quiera empiece a llegar donde Él quiera” -

Todavía el 18 de Febrero insistía en sus dubitaciones. “Ante todo, la expansión natural en el amigo devoto, que ante la bonanza que divisa en el alma del suyo, grita con alborozo de mar jenhorabuena!... Yo no te envidio, sino que te comparto absolutamente. Sólo que yo quizás esté recibiendo todavía sólo los primeros azadones de luz, y por tanto mi cauce, y en consecuencia mi paz, sean aún menos hondos y más jóvenes que el tuyo. Por lo menos a primera vista parece así”.

Al regreso a Bilbao después del curso, Blas descubre la gravedad de las dificultades que el cambio de rumbo ha creado a su familia. El dilema se cierra de nuevo ante él, implacable. Su familia y su vocación son incompatibles, y hay que sacrificar una de las dos. Blas no vacila, y quema sus poemas, que ya entonces eran muchos y bellísimos. Pero la tensión anímica por la violencia del sa-

crificio, y sobre todo por el traumático descubrimiento de lo que él ahora ve como un condenable egoísmo suyo, había traspasado el límite de lo soportable, y sobreviene la primera gran crisis depresiva.

A través de ella y de sus recaídas, y a lo largo de 1944 y 1945 se operó una notable catarsis y una transformación radical en la cosmovisión de Blas. Casi en cifra la describía él mismo en carta de 20 de Septiembre de 1945 desde el lugar donde se reponía. *“Me alegro de que todo vaya así -lo tuyo, lo de Antonio, lo de Pablo, lo mío- pero me dio tristeza cuando me di cuenta claramente que Nuestralia está clausurada para siempre. Es verdad que representó para nosotros -excepto para Pablo, a mi parecer- un gran despiste. Pero sus buenos momentos, su ilusión rayana en la candidez, se recuerdan con gozo. De aquí adelante, veremos qué sucede. Me figuro que tú estarás optimista; yo también lo estoy, en el buen sentido”*.



¿Qué quería decir? Si consideraba que habían caducado las convicciones estéticas y las lealtades éticas inspiradoras de Nuestralia, se equivocaba, pues de ellas hemos vivido los cuatro, a través de avatares muy diferentes, toda nuestra vida. En el fondo así lo comprendía, y por eso se sentía optimista *“en el buen sentido”*, descalificando únicamente la candidez de nuestra ilusión al creer que Nuestralia era una isla, y que era habitable como recinto aparte, incontaminado por el mundo. Su *“veremos qué sucede”* es como una apertura profética hacia la nueva cosmovisión que el trauma cártico le estaba desvelando.

A veces se habla de una crisis religiosa de Blas, que habría tenido lugar por esa época o poco después. La religiosidad de Blas fue ciertamente evolucionando y transformándose, más en su reflejo intelectual que en su arraigada convicción íntima. Mientras su ortodoxia posterior puede cuestionarse desde el punto de vista doctrinal que habíamos recibido, y en el que habíamos nacido a la vida religiosa, cuando sentimiento permaneció inviolado, si algo cambió fue para hacerse más intenso y radical. Recuerdo una conversación que retrata a Blas de alma entera, una de las infinitas discusiones que sobre el tema religioso se suscitaban, un amigo *“aleata”* sacó a relucir la célebre *“pregunta”* de su tocayo Blaise Pascal: *“¿vale arriesgarse a creer, porque si creyendo ganamos, lo ganamos todo, y si no creyendo, nada ganamos, pero podemos perderlo todo. Blas reaccionó con viveza, y casi indignado rechazó el argumento, diciendo: “eso es cuchichear nuestra conveniencia a escondidas de ese Dios en quien pretendes creer”*. Ese era Blas.

No podía aceptar la idea de la salvación como un negocio, ni las compensaciones del ciento por uno, que están en el Evangelio señaladas como consecuencias paradójicas añadidas a la buena conducta, pero no recomendadas como su motivación, lo cuál mataría la generosidad de la entrega al bien. La primacía de la ética era tan fuerte en Blas, que ella sostuvo hasta el fin su profunda religiosidad más allá del desgaste de su devota ortodoxia de adolescente.

Si ese inerradicable sentimiento se manifestó con frecuencia en su poesía como una pugna con lo divino, nadie que haya leído la Biblia debe extrañarse demasiado. Como bien dijo Dámaso Alonso en una nota que se puso al frente de la edición de ANCIA de 1958, esa aparente lucha es una concreta representación de amor insatisfecho. No deben desorientarnos dicterios como *“Tú que hieres”*, *“Termina de malmatarnos”* y tantos otros gritos de rebeldía ante la existencia del mal. Porque a diferencia del frío dilema planteado por el naturalismo a la idea de Dios, desde Epicuro a nuestros días, pasando por David Hume, el desafío de Blas es la desesperada afirmación de un Dios vivo al que quiere arrancar su secreto, y está mucho más cerca de la lamentación creyente ejemplificada en el Libro de Job, aunque no llegase a explicitar la rendición final, el *“He hablado vanamente”*, que estoy seguro confió al secreto de su alma, y que era algo demasiado suyo para publicarlo.

Más que una crisis religiosa, yo me inclino a creer, a falta de un testimonio directo de Blas en ese sentido, que lo que él vivió, y seguramente desde mucho antes, fue una prolongada angustia que le acompañó toda su vida, con la que me atrevo a suponer que murió religiosamente abrazado, y que fue un componente esencial de todas y cada una de sus manifestaciones depresivas, y con tanta más razón de la de 1944. Angustia que rozaba la disfunción noogénica, en la incapacidad de aquietar su monte apoyándola en la sólida certeza de su sentido moral, quizá por la propia rigidez con que lo vivía. El episodio de la quema de sus poesías cuando creyó que su vocación era incompatible con su obligación de hijo y hermano, nos da la

clavo para entenderle. Muchos amigos hemos deplorado la pérdida deliberada de aquel tesoro estético, pero Blas no hubiera sido quien era obrando de otro modo.

La crisis, pues la hubo, fue de significación muy diferente, y liberadora. En forma ciertamente traumática, Blas se liberó del componente esquizoide de Nuestralia, que conducía a dilemas insalvables, y empezó a comprender que la vida se vive aceptando sus inherentes contradicciones. Dejó de sentirse aprisionado por el dilema familia-vocación y el dilema ortodoxia-rebeldía. Ya no era necesario renegar de su vocación por la servidumbre a un trabajo necesario, que podía realizar sin traicionarse, puesto que una fuerza mayor se lo imponía. Adivinó que el dilema no era dilema, sino camino, aunque pedregoso, y que por él podía avanzar. Tan cierta fue esta convicción, que pronto se manifestó en una intensificación de su capacidad creadora y en una transformación cualitativa de su producción poética, lo que no se hubiese producido si fuese cierta la teoría de una crisis religiosa puramente negativa.

De una manera confusa, pero convincente, conservo la impresión de que Blas fue quien explicó este proceso. ¿Cuándo y cómo? No lo sé: Pudo ser en los días que pasamos juntos en su casa durante la primera crisis depresiva... o más tarde. Yo me trasladé a Madrid en Octubre de 1945 para preparar mis oposiciones, y ya después nos vimos pocas veces. Pero volvimos a hablar de nuestras vidas, porque recuerdo perfectamente que estando yo destinado en América, y durante un permiso en Bilbao, me preguntó qué era lo que me interesaba en la Carrera Diplomática, y asintió casi con alivio cuando le dije que lo que más me interesaba era que podía intentar, aunque fuera con un alcance ínfimo, trabajar a favor de la paz. La paz era una de sus constantes, y estoy seguro de que en ese momento me dijo algo de la suya, lo mismo que en la carta del 18 de Febrero de 1944 me había dicho *"mi cauce. y en consecuencia mi paz, (son) aún menos hondos y más jóvenes que el tuyo"*.



Nunca llegué a preguntarle yo a él por qué, siendo una persona tan recatada y tan celosa de la intimidad de sus sentimientos, hacia una poesía tan desgarradamente personal y autobiográfica. Pero ¿era necesaria esa pregunta? Blas no la hubiera contestado. Era el poeta. Seguramente el más grande de su tiempo. Y el poeta es el que guarda su secreto a voces. El verbo creador de Blas se desbordó, incontenible, en cuanto descubrió que lanzándose a la vida y abriendo a los cuatro vientos todos los repliegues de su mente, su don poético transformaba y transfiguraba en bellos iconos de acceso común las vivencias más íntimas y entrañables. El poema, el icono, al objetivar la vivencia, la recubría y la dejaba impoluta, invisible en su intimidad, lo mismo que el yo poético, aunque se llamase también, por convención, Blas de Otero, reemplazaba en el ágora del quehacer literario y de sus valoraciones, al hombre Blas de Otero, que callaba dentro de su Nuestralia depurada. Como dijo Schiller, *"Cuando el alma habla, ¡ah!, ya no es el alma quien habla"*.

No sé si esto resultará inteligible para quien no haya convivido con Blas. Solo compartiéndolo, como él sabía compartir la dicha o la angustia de otros, es como se le podía comprender. La transfiguración poética era su manera de ser y mostrarse auténtico a la vez que activo y empeñado en el mundo. Pero exigía una tensión psíquica agotadora, una continuación del esfuerzo que tuvo que hacer para salir, a sus 28 años, de la primera crisis. Es normal que periódicamente tuviera que volver a refugiarse en un autismo depresivo, como es normal que sus empeños sociales y su vida de relación estuvieran algo marcados por

ese vaivén cíclico de comunicaciones y de silencios. Blas no entregó nunca su intimidad, y por eso a todas las ortodoxias, de cualquier signo, que creyeron captarle o que lo pretendieron, hubo de parecerles, a fin de cuentas, un rebelde, cuando en realidad sólo irradiaba respeto, el mismo respeto que él esperaba de los demás. Y lo que, visto desde fuera, puede con fundamento calificarse de compromiso político en su vida y en su obra, fue interiormente el compromiso radical, irrenunciable, consigo mismo y con lo más alto, de quien sentía creadoramente hambre y sed de justicia.

(Del número 0 de Zurgai, "Que trata de Blas de Otero", Noviembre de 1988)